



KOFI PARA TODOS

Un grupo de pintamonas ha dado a ETA el rango de parte beligerante en un «conflicto armado». Con el PSE delante

SERÍA una payasada, una siniestra mojiganga con sus pintamonas internacionales y sus palmeros autóctonos, si no tuviese consecuencias. Pero las tiene. Y no triviales: en su peor momento, en su circunstancia más débil, ETA ha obtenido una pátina de reconocimiento como parte beligerante en un conflicto que no existe. Ha logrado sembrar confusión en los foros extranjeros de opinión pública y ha obtenido una campaña exitosa y gratuita de propaganda preelectoral en favor de sus testaferros políticos. Y, aunque ya sea casi una costumbre, ha dividido a los constitucionalistas —en los últimos tiempos demasiado proclives a dividirse solos— y ha vuelto a humillar a las víctimas. Demasiado balance para una simple farsa.

El problema es que lo que le ha dado dimensión y masa crítica a esa farsa es la aquiescencia del Gobierno y la participación del Partido Socialista. Eso es lo que permite sacar pecho a los organizadores de la pantomima y lo que da carta de naturaleza a la presencia de ese grupo de fantasmones jubilados que, encabezados por Kofi Annan —el hombre que se cruzó de brazos ante el genocidio étnico de Ruanda antes de salir de la ONU por patas acusado de corrupción y nepotismo—, han avalado el paripé para cobrar su minuta de impostores de la mediación. Lo mejor de cada casa: un exterrorista irlandés, un ex primer ministro que llevó a su país a la quiebra, un pacifista profesional y un par de antiguos políticos despistados ansiosos de protagonismo y reciclaje. Esos tipos tan desinteresados no han venido a tomar café con unos *mindundis* de la izquierda *abertzale*. Ellos también han sacado su parte, aunque sería interesante conocer quién ha pagado la factura. Lo que queda por explicar es qué ha sacado el Gobierno; tal vez la esperanza de un comunicado que le dé cierto aliento a la campaña de Rubalcaba y permita a Zapatero cerrar el único designio constante de su mandato: el de sustituir la derrota de ETA por un abstracto *final* negociado con contrapartidas penales y jurídicas.

Lo de San Sebastián no es una simple escenografía para consumo interno del mundo etarra, ni una compensación moral —que ya sería grave— para que los asesinos puedan justificar el abandono de la violencia. Es una maniobra de respetabilidad exigida por ETA para obtener, con la anuencia gubernamental, el rango de «organización» beligerante en una «confrontación armada» (sic) que sólo existe en su delirante imaginario. Una recompensa humillante para la dignidad democrática. Una claudicación bochornosa de la resistencia antiterrorista.

Todo ello deja, además, una amarga sensación de componenda pactada, de hoja de ruta dibujada a varias manos con tinta simpática. De enjuague, de teje-manaje, de compadreo. De Proceso 2.0, de tratos ocultos tras el fracaso de la negociación transparente. De un nuevo, infame amaño al que se le ve el cartón de la complicidad tras la fachada de simulaciones.